

¿Dónde está el romanticismo?

Por E. Armstrong

Una palabra que reflejaba la sinceridad del estado de los sentimientos y emociones en los afectos, incluyendo a las múltiples y variadas ilusiones que se despertaban en nosotros al soñar. Hoy parece estarse perdiendo en las noches, en los días, y en tantos momentos que ya no fueron; cada vez son menos los que pueden disfrutar del humilde amanecer o atardecer, o de los momentos mas grandiosos con que nos rodea cada día.

La alegría, la diversión y la felicidad, no son objetos ni posesiones, son como la paz, las simples consecuencias de lo que hacemos y de como lo hacemos. Perder la capacidad de soñar, de imaginar lo mas bello y, especialmente, de soñar lo imposible, es terminar de reducir nuestra capacidad creadora; es transformarnos en vulgares copias de lo que aparentamos. Pero aparentar lo que debemos ser es una tragedia inimaginable, ya que vivimos para ser, para actuar y dirigir nuestros deseos y aspiraciones, no para ser esclavos de ellos o la mecánica respuesta a los dictados de otros, de quienes nos dicen quien debemos ser o como mostrarnos, desatendiendo la voz interior de la auténtica, única y verdadera identidad.

Entre las piedras no hay ni habrá romanticismo, por lo que vivir como las piedras no es vivir. Veamos lo que podría decirnos esta palabra que invita a riesgos tan impensados como a las mayores incertidumbres.

Son tiempos en que nadie parece querer soñar ni esperar, todo se desea con el apuro del instante, poseer lo que se desea en el momento emocional parece una condición como la de luego deshacernos sin mayores consecuencias si llegáramos a estimar que no recibimos lo esperado. La brutalidad y ausencia de consideración actual son comparables al resultado

obtenido ante comportamientos tan efímeros como intrascendentes, y sin sentido, ellos pueden constituir una pérdida sostenida de las oportunidades mas grandes que la vida puede ofrecer. No quedan ya románticos ni románticas, todo lo hemos reducido a una convivencia que conveniencia; a relaciones que son ocasiones; a pasiones que son impacencias; a lo que no puede esperar y por lo tanto, que no podrá durar; a dar, pero de formas que en realidad son obtener; a lo ajeno a servir, porque excluir a otros de lo que les podemos dar, es quitar.

Parece que ya nadie quiere soñar acompañado, menos aún soñar juntos un mismo sueño, como tan bien lo representa una pareja en silencio disfrutando juntos un maravilloso atardecer. Parece que el sentido del encuentro hubiera cambiado, y por ello, para quienes quieran recordar lo que les pertenece, las siguientes líneas quizás les parezcan ahora como recorrer un museo. Pero este es el museo de lo que pudo ser y no fue, es porque no lo permitimos.

El romanticismo eran las esperanzas puestas en los sueños, rerepresentaba a la luz que tanto se añoraba desde las sombras del diario vivir, como si hubiera sido el destino de los mejores pensamientos. Fue la libertad de llegar a creer en todo, ya que todo nos parecía posible en el encuentro. Era la convicción de poder detener el mundo, de hacerlo esperar por ese instante juntos en que no existió el tiempo. Era la búsqueda de lo mas simple, de tocar una mano, o cruzar una fugaz mirada que se grabó en el alma. Mas que de hablar, se trataba de esperarlo todo solamente en poder estar, porque era la sentir la plenitud que da la cercanía de quien queremos acompañar. Eran los momentos en que una palabra era canción y el silencio pasión. Era no tener que pedir, ya que nada parecía faltar.

El romanticismo era la flor que finalmente logra reconocer la fuente de su vida. Un simple pañuelo que recoge unas lágrimas o que esconde una sonrisa que podría alegrarnos la existencia. Una luz infinita que invitaba a seguirla, sabiendo que nada podría detenernos si la aceptábamos. Era estar dispuestos a cruzar juntos el umbral de la vida, aceptando el camino que dejaba de ser uno porque ahora sería nuestro. Era la disposición a avanzar sin mirar atrás, a seguir y seguir, hasta que sea tanto lo que se tiene en común, que el arrepentimiento y la distancia sean imposibles.

El romanticismo era un si y un no, era mantenerse juntos ante todo. Era dejar de ser uno para ser dos, en uno. Era dejar nuestra puerta abierta para no volver a cerrarla, como esperando la entrada del aire cotidiano que nos refresca al inundarlo todo con renovada energía.

El romanticismo era la inspiración que nace de los sentimientos del afecto más sublime. Era pensar y hacer, mientras todo nos parecía positivo al seguir múltiples ilusiones que motivando nos redefinieron. Era la más profunda aspiración de poder convivir en la armonía que ofrece el sentirse estar conectados.

El romanticismo era la emoción vinculante con nuestros orígenes, un sentido de que si es posible unir nuestro pasado con el presente, y proyectarlo hacia el futuro. Era creer que todo puede ser mejor cuando avanzamos juntos y no separados.

El romanticismo era creer en la eternidad del instante, en lo grandioso de lo pequeño, en que el encuentro podemos convertirlo en lo más valioso que podremos ver. Era la convicción de que el Amor es más fuerte, por lo cual nuestra paz no dependía de nadie más.

El romanticismo era soñar los efectos de nuestros futuros pasos, como el reflejo de un futuro en los caminos del tiempo. Era la actitud confiada en lo más bello a nuestro alcance, al reconocer que si era posible alcanzar a una mayor plenitud en esta vida. Era liberar los pensamientos, para que confluyan hacia tantas preguntas que ya no perturban ni exigen respuesta, pero que son un grito ante la ausencia del ser querido.

El romanticismo era los pensamientos en movimiento, pidiendo dejarnos llevar para no impedir su cumplimiento; un imaginario en el cual depositamos nuestra fe para seguirlo y ver cumplirse nuestras mayores aspiraciones.

Era ver los sueños y pensamientos en medio de múltiples y cálidos colores que atraen e invitan a dejarnos llevar por caminos desconocidos y llenos de incertezas, pero ofreciendo como certeza a la ilusión del encuentro.

El romanticismo es un profundo sentimiento de compromiso del alma.

¿Por qué hemos perdido el romanticismo?

Hay ocasiones en que la vida nos muestra a lo que creímos ver como alegres ganancias llegar a transformarse en pérdidas, las que luego lamentamos para siempre. O sea, la realidad realmente nunca fue alterada y, lo que cambió, fue simplemente la forma en que la veíamos. Las preguntas y no las respuestas podrían ser una clave para comprender lo ocurrido: ¿cuál fue la causa de no haber visto la realidad mas oportunamente? Pueden ser variadas las respuestas, sin embargo, hay constantes, como la ausencia de interés, o la comodidad, la imprudencia, la baja autoestima, o la carencia de valores o de principios, cualquiera de las cuales conlleva una ausencia de límites preestablecidos. De este modo aparentemente inocente, es que llegamos a vivir no pocas experiencias ingratas o indeseadas, las que habríamos querido evitar de habernos dado cuenta previamente de sus posibles consecuencias.

El desafío de vivir, bien parece estar centrado en el sentido de las responsabilidades que aceptamos, pero estas se manifiestan ligadas al sentido de conciencia que se tenga, por lo que, al eventualmente descuidar una conciencia, es posible llegar a no sentir responsabilidad alguna por lo que hacemos y terminar actuando en acuerdo a una racionalidad elemental. Esta es, dando prioridad a las satisfacciones de corto plazo y con abierta despreocupación por lo que pueda constituir tanto el costo de su obtención como, en paralelo, al esfuerzo requerido para conservar lo que se aprecia, llegando a parecernos una forma de estorbo.

Pero los hechos necesitamos juzgarlos en base a su tiempo si queremos comprenderlos con mas objetividad, por lo que hacerlo después, cuando ya son conocidos los resultados, puede ser realmente un auto engaño. Nos cuesta aceptar que la falta de responsabilidad se ejerce por medio de aparentar la entrega de mayores libertades, sin embargo, la realidad habitualmente demuestra lo opuesto, pero cuando ya es demasiado tarde para retroceder e imposible de evitar el dolor de sentir con amargura lo que pudo ser y no fue.

Cuando comprenderemos que la vida, la única que tenemos, y la que representa a todo lo que tenemos, nunca se trató de convencer, si no de servir. Cuando comprenderemos que no se trataba de cuanto hacemos, si no de como lo hacíamos; que nunca se trató de no caer, si no de aprender a levantarse; o que no se trataba de aparentar seriedad, si no de mostrar alegría; tampoco se trataba de cumplir, si no de apoyar; no se trataba de los cambios, si no de adaptarnos; no se trataba de elasticidad, si no de ser consecuentes; no se trataba de rezar, si no de antes actuar; no se trataba de hacer mucho, si no de lo posible; no se trataba de méritos, si no de empeños; no se trataba de igualdad, si no de valorar la diversidad; no se trataba de ser respetado, como de respetar; no se trataba de justificar, como de ser justos; no se trataba de aprender a hablar, si no a escuchar; no se trataba de sentir, si no de consentir; no se trataba de resultados, si no de ser perseverantes; no se trató del bien o del mal, si no de ser correctos; no se trataba de adonde llegaremos, si no por donde caminamos; no se trataba de estar protegido, si no de proteger; no se trataba de control, si no de auto control; no se trataba de una verdad, si no de una fraternidad; no se trató de preocuparnos, si no de ocuparnos; no se trataba de aprender a encontrar pareja, si no a ser pareja; no se trataba de como nacemos, si no de como renacemos; no se trataba de comodidad, si no de comunidad; no se trataba de prometer, si no de comprometerse; no se trataba de ser importantes, si no del esfuerzo puesto en servir; no se trataba de oportunidades de abusar, si no de ayudar; no se trataba de seguir a la norma hablada o escrita, ya que estas siguen al acto, si no a la norma natural que precede al acto; no se trataba de conocer mucho, si no lo que nos sirve; no se trataba de lo complicado, si no de lo simple; no se trataba de aprender a enfrentarnos, si no ante si mismo; no se trataba de tantas cosas que, ¿crees que esta lista es completa? No importaría, porque lo que para uno es imposible para muchos será posible. Al Amar, uno depende de todos, y todos dependemos de Uno. Todos para Uno y Uno para todos, parece ser una de las reglas de la naturaleza común.

Parece que nunca esta vida se trató de como pensábamos, si no de para qué pensamos; tampoco de atender tanto a lo eterno, si no que también a lo efímero que, de simples y múltiples formas, puede conducirnos a lo eterno; no se trataba de hacer las preguntas correctas, si no también de obtener respuestas correctas; no se trataba de la posición obtenida, si no de la disposición; no se trataba de lo que nos hacía mas ricos, si no de lo que nos puede hacer pobres. Y la lista no parece no tener fin, por lo mismo, la Iglesia invita a reflexionar sobre la realidad de lo que es objetivamente natural.

El romanticismo es un arte desconocido, se refiere al arte de reflejar lo que se siente al actuar en sin presionar, representa a la paciencia de quien sabe esperar, es la expresión de quien domina el arte de hablar sin palabras y de expresarse con previsión y encanto. Es posiblemente el arte de Dios, de quien habiéndolo dado todo agradece lo que podamos darle, sin condiciones, sin presiones, sin forzar, sin excluir a nadie, sin preferencias, sin tratar de convencernos. Pero si el verdadero romántico siempre ha sido Dios, perder el sentido del romanticismo puede llevarnos a la pérdida del sentido del Amor, lo cual equivale a la pérdida del sentido de Dios con nosotros. Si en esta vida nada sobra y nada falta realmente para llegar a encontrar nuestra identidad y el sentido del todo, lo opuesto al romanticismo es la indiferencia individualista, la cual nos conduce vidas ególatras y ajenas a lo que no aporte un beneficio. Pero al ser posesivos estamos aceptando la borrachera del poder, es el final de la libertad y de una personalidad, es el inicio de la esclavitud al llegar a depender de todo lo que permita demostrar mas poder.

Las palabras convencen, los ejemplos arrastran, pero ¿a dónde? ¿Para qué? El espíritu crítico denota la prudencia de quien no desea perder sus alegrías por lo que podría ser que jamás tuvo sentido. El espíritu positivo aprecia lo que posee y si decide tomar riesgos, será por algo superior, pero jamás por lo inferior, o por lo que nada aporte a su vida o a la ajena.

El romanticismo no se trata de dejarse llevar por los sentidos, por los sentimientos y emociones que nos influyen y estimulan al límite, pero que no son mas que simples sueños que nos hacen dejar de vivir aparentando lo contrario. Seguir los sentimientos en ausencia de conciencia, es como seguir las pasiones, maravilloso y positivo pero en la medida de que no perdamos el objetivo que da mayor sentido a lo que hacemos. Ya que, dedicar una etapa de la propia vida a pasar el tiempo, es perderlo; tal como entretenerse no es lo mismo que vivir para entretenerse.

Los cambios crean a las oportunidades y la voluntad su destino. Pero la voluntad depende de una conciencia, la que de no estar formada, puede causar que determinemos nuestro destino al crear el oportunismo. El romanticismo como todo en esta vida, tiene límites naturales que nos fijan sus alcances y determinan cuando puede dejar de ser un aporte para la vida. Aprendemos en base a experimentar fracasos y errores, pero este proceso natural exige ponernos límites que nos señalen hasta donde es sano o puede ser beneficioso un riesgo. Por ejemplo, quien cree tener poco para ofrecer se anticipará en mostrar lo que posee, y aparentando su romanticismo por lo general pierde; en cambio, quien cree tener mas para ofrecer, demuestra

habitualmente gran cautela al no tener apuro en mostrar lo que podría exponerla. La honestidad nos hace fuertes pero también vulnerables a los deshonestos; y su ausencia denota que se ha perdido lo que antes se debió proteger. Los sentimientos son vulnerables y, en ocasiones, difícilmente reparables, por lo que al despreciarlos el costo de las heridas sufridas pronto se hará visible y nos cuesta convencernos de que ha sido principalmente por causa nuestra. Las debilidades crean las condiciones que nos hacen sentir vulnerables, a lo que, de estar en mejor posición, podríamos verlo de formas muy diferentes, optimistas, y sin darle importancia a lo que nunca la tuvo.

El entusiasmo es el soporte del optimismo, pero su exceso puede cegar y hacernos perder de vista lo esencial, trastornando más que transformando. Entusiasmarse es una emoción estupenda, la que empuja tanto a nuestras habilidades como a la creatividad, es el impulso que permite destinar los grandes esfuerzos a lo que inicialmente nos pareció incierto pero donde vislumbramos el poder de conducirnos al buscado logro. Es una necesidad vital, pero, la cual, sin límites establecidos, puede hacernos perder el sentido de lo que hacemos o la objetividad al elegir como conveniente a lo que podría no serlo. El romanticismo es una de las grandes maravillas de la naturaleza humana, pero como todo lo que poseemos, requiere una dosis de prudencia antes de seguir ciegamente a nuestra primera impresión o al llamado bioquímico de los instintos.

Vivimos pendientes de los afectos, de las muestras de aprecio o aprobación que podamos recibir de parte de quienes nos rodean, y esto, ciertamente, nos condiciona los pensamientos y preferencias, más allá de lo racional. Los afectos representan el sentimiento de una vida en que nos sentimos desprendidos de lo fundamental, y al reconocerlo como estado natural en nuestro propio interior, los aceptamos como el impulso a buscar el reencuentro de lo que sentimos nos fue quitado. El parto es un hecho traumático para la madre y para quien se desprende y aleja de todo lo conocido, sus consecuencias parecen seguirnos por la vida y se manifiestan de forma extrema en la necesidad de búsqueda del afecto perdido. En muchos aspectos, según esta tesis, nuestro comportamiento sexual está condicionado tanto por las tendencias afectivas como por la influencia de la bioquímica neuronal del cerebro; pero finalmente, todo esto podemos reducirlo a lo principal: para la mente son las expresiones de afecto y para el espíritu son las de Amor. Según lo cual, el romanticismo estaría subordinado a dos grandes fuerzas estimulantes, en acuerdo a la voluntad individual: la influencia unilateral de los afectos, o la influencia de los afectos acompañados de Amor. Los resultados no serán los mismos, ya que una

opción es excluyente y la otra es integral, por lo cual cada persona debe reconocer libre y voluntariamente sus preferencias, las que formarán parte de su identidad presente.

Al parecer y, como hemos visto, el romanticismo como el Amor pueden tener diversos significados. Lo central podría ser tratar de descifrarlos oportunamente, para que, cuando necesitemos elegir lo mejor posible, lo hagamos en base a la realidad objetiva que nos puede afectar y no sustentados en lo que simplemente se nos ofrece. Por ejemplo, el Amor sin compromiso no es responsable, por lo cual objetivamente no es Amor y sencillamente se trata de un mal uso o abuso de esta palabra. En este sentido, las expresiones románticas que son responsables o aquellas que buscan el compromiso, realmente demuestran aprecio y respaldo a sus manifestaciones de afecto, sin las cuales, de romanticismo solo quedará una palabra vacía, carente de sentido y, posiblemente, transformada en una forma de abuso o engaño.

Las necesidades humanas nos crean las expectativas que generan nuestras preferencias y posiciones, las cuales, en ocasiones, creyendo que son propias pueden no pasar de ser simples prejuicios, llegando a ser la causa de un resultado antagónico o adverso al cual necesitamos. La afectividad es la expresión de una necesidad fundamental para relacionarnos y disfrutar de la oportunidad de convivir con todos los que nos rodean, ella trata de las mayores necesidades vinculantes que la mente advierte cuando nos relacionamos. La afectividad es uno de los mayores tesoros de la humanidad individual y nos permite sentir los efectos de un puente visible entre la mente y el alma humana, por lo cual defraudarla o defenderla tiene consecuencias, las cuales toda persona puede experimentar. Lo importante es comprender para qué existe la afectividad, ya que si realmente es para llegar a sentirnos mas apreciados mutuamente, en caso de lograr obtener lo que ella nos puede ofrecer, gran parte de lo que nos condujo hacia ella, finalmente carecerá de sentido, porque ya lo tendremos todo con el Amor.

¿Descuidarías en ti a lo que puede representar y conducir al 80% de tus pensamientos? Los afectos están directamente relacionados a los sentimientos, las emociones y motivaciones, las atracciones, a la imperiosa necesidad de sentirnos aceptados, a los valores, principios y preferencias. Y como si fuera poco, nos ayudan a comprender el valor de compartir, de servir, de atender una amistad. Los afectos nos preparan el camino que nos lleva a reconocer al Amor, al cual reconocen como la máxima expresión

posible de un afecto. Si bien el Amor no es un afecto, llegamos a comprenderlo al experimentarlo como el destino final de nuestros afectos.

No ser como la gran mayoría es atreverse a ser, es no aceptar la comodidad de la indiferencia que nos conduce a reducir nuestros afectos por los demás para finalmente desviarlos como una apropiación personal. Atreverse a errar, a arriesgar, hasta a perder, para asegurarnos de haber hecho lo posible por lo que creímos oportuno, correcto o necesario para otra persona, puede ser la diferencia entre todo o nada. Atreverse es practicarlo, es reconocer que ningún gesto de afecto será pequeño para quien lo reciba, esto no es un asunto de tamaños.

El romanticismo se refiere a todo lo que rodea el Amor, por lo que sin ser Amor, mantiene una relación estrecha con el significado de sus alcances. El romanticismo es como un coqueteo que ocurre en torno al Amor, parece un baile de los sentimientos que se manifiestan públicamente mientras rodean lo que se considera más valioso, como intentando capturar su atención para demostrar desde la distancia que es corta, hasta donde alguien está dispuesto a arriesgarlo todo por el ser amado.